



Diacronie

Studi di Storia Contemporanea

34, 2/2018

Scuola e società in Italia e Spagna tra Ottocento e Novecento

PANORAMICA: Spagna 2017

César RINA SIMÓN, Matteo TOMASONI

Per citare questo articolo:

RINA SIMÓN, César, TOMASONI, Matteo, «PANORAMICA: Spagna 2017», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea* : *Scuola e società in Italia e Spagna tra Ottocento e Novecento*, 34, 2/2018, 29/06/2018,

URL: < http://www.studistorici.com/2018/06/29/spagna_numero_34/ >

Diacronie Studi di Storia Contemporanea → <http://www.diacronie.it>

Rivista storica online. Uscita trimestrale.

redazione.diacronie@hotmail.it

Comitato di direzione: Naor Ben-Yehoyada – João Fábio Bertonha – Christopher Denis-Delacour – Maximiliano Fuentes Codera – Anders Granås Kjølsvedt – John Paul Newman – Deborah Paci – Niccolò Pianciola – Spyridon Ploumidis – Wilko Graf Von Hardenberg

Comitato di redazione: Jacopo Bassi – Luca Bufarale – Gianluca Canè – Luca G. Manenti – Fausto Pietrancosta – Alessandro Salvador – Matteo Tomasoni – Luca Zuccolo



Diritti: gli articoli di *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea* sono pubblicati sotto licenza Creative Commons 3.0. Possono essere riprodotti e modificati a patto di indicare eventuali modifiche dei contenuti, di riconoscere la paternità dell'opera e di condividerla allo stesso modo. La citazione di estratti è comunque sempre autorizzata, nei limiti previsti dalla legge.

13/ PANORAMICA: Spagna 2017

César RINA SIMÓN, Matteo TOMASONI

ANDREU MIRALLES, Xavier, *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus, 2016, 396 pp.

César RINA SIMÓN

El trabajo de Andreu Miralles viene a culminar meritoriamente el ciclo que abriera en 2001 Álvarez Junco en la interpretación de la construcción de la nacionalidad española en el siglo XIX. En el caso que nos ocupa, las fuentes abordadas no son historiográficas, sino la literatura romántica, enclavada en un cruce de caminos entre el orientalismo de los viajeros europeos y norteamericanos y la búsqueda, asimilación y contestación de los patrones identitarios modernos. La temática no es original pero sí ofrece unas conclusiones novedosas en la comprensión de los modelos icónicos del nacionalismo. La imagen de lo “español” fue el resultado de un complejo proceso de adaptación, rechazo y transformación de visiones propias y ajenas, en un diálogo de ida y vuelta que condicionó las fórmulas y las prácticas de los considerados como hábitos o caracteres nacionales.

Este proceso no fue exclusivo de las revoluciones liberales burguesas ni de la literatura romántica. Desde el siglo XVI encontramos en la ensayística clasificaciones de naciones en función de sus patrones culturales, en las que lo español representaba un espacio de transición entre oriente y occidente y, por extensión, de difícil anclaje en lo europeo. Este conjunto de narrativas de amplio recorrido recibió el sobrenombre de “leyenda negra”. Pierre Bourdieu se refirió a ellas como “efecto Montesquieu”, ya que en *L’esprit des lois* el filósofo ilustrado articuló una estructura binaria de los pueblos del norte y del sur de Europa. Las características fundamentales de los países del sur: violencia, intransigencia religiosa o incapacidad para el trabajo o la ciencia los situaban al margen de la modernidad.

El relato orientalizante y la apuesta literaria romántica compartieron espacio en el lento y siempre inconcluso proceso de definición de los rasgos nacionales, cambiantes ante diferentes

coyunturas e imaginarios sociales. En relación a la metodología, el autor se posiciona abiertamente por una noción histórica que trascienda de la lógica de las causas-consecuencias y de los acontecimientos para acercarse a las percepciones sociales y a las identidades, tal y como teorizara Geoff Eley. En este período tomaron forma nacional aspectos como la religiosidad, la belicosidad, las pasiones, la incapacidad productiva, el flamenco, el bandolerismo o el mito de Carmen. La obra pretende reconocer cómo representaron los escritores románticos estas esencias en unos horizontes en los que la literatura era vehículo de articulación de patrones colectivos aceptados y compartidos. En este sentido, no podemos olvidar el análisis que hizo Rodríguez Gordillo del mito de Carmen en 2012, al constatar, en el caso de Mérimée, que no todo fueron invenciones románticas del autor, sino que en su novela estaban presentes ciertos rasgos “nacionales” que los españoles forzaban ante la mirada extranjera.

No cabe duda que el imago tipo de España a lo largo toda la historia contemporánea ha estado protagonizado por el pasado andalusí, focalizado en Andalucía como máxima expresión de la patria, identificación que sólo compartiría la centralidad del relato nacional con Castilla. Ésta búsqueda de Andalucía se hizo visible en la literatura de viajes. Cuando los románticos cruzaban la frontera de los Pirineos encontraban rápidamente rasgos andalusíes en los pueblos del norte peninsular. Para Andreu Miralles, esto era lo que interesaba de España, lo que la convertía en una puerta privilegiada de acceso a oriente y a una raza mestiza no Europea. Es por ello que la Alhambra de Granada o Sevilla se convirtieron en los imago tipos nacionales. Sin embargo, esta identificación generaba ciertos problemas de encaje e identificación historiográfica, ya que la aceptación del pasado musulmán en el ser nacional implicaba su inclusión en la genealogía patria, idea que rechazaban la mayoría de las historias generales de España.

El autor analiza la obra de Mérimée – no cabría olvidar que el mito de Carmen alcanzó su máxima repercusión con la ópera de Bizet, al dotarla de una estética especialmente oriental –, Richard Ford o Gautier. Estas obras no construyeron una interpretación monolítica del ser español, sino que abrieron múltiples vías de atracción para la imaginación europea. Es por ello que coincidimos con Andreu Miralles cuando recalca que el proceso no fue unánime ni los tópicos totalizantes. Sus imágenes se construyeron a partir de una constante redefinición y resignificación de iconos y tópicos. Y, más importante, la consolidación de los imago tipos nacionales no fue el resultado de una simple oposición de la literatura española a los mitos románticos, sino de la adaptación y a veces aceptación de estos elementos en un proceso de “explotación de la diferencia” que, si bien estallará en el siglo XX, es bien visible en el XIX. La literatura romántica, en su afán por articular consensos icónicos nacionales, no buscaba la crítica documental o la verosimilitud, sino exaltar la narración en sí misma, y ahí es donde se estilizaron y contornearon los mitos. Por lo tanto, no podemos hablar sólo de rechazo a las narrativas

extranjerías. Así mismo, los relatos de la “incapacidad” española para la modernidad estimularon la noción de decadencia, presente a lo largo de todo el Ochocientos.

Andreu Miralles analiza la obra de Zorrilla, el conde de Toreno, Alcalá Galiano, Larra o el duque de Rivas, poetas a la vez que constructores de los relatos historiográficos del liberalismo. Así mismo, destacar la especial atención que el autor muestra a la construcción de la masculinidad, a la vinculación entre mito romántico y religiosidad y especialmente a la ritualización de la tauromaquia y su conversión en fiesta nacional, aspectos muy destacados en su trayectoria historiográfica. En último término, cabe señalar que la construcción del mito romántico español, lejos de ser unívoco o monolítico, fue el resultado de un juego de espejos deformantes cuya imagen primera sería imposible de determinar ante la infinidad de representaciones y contrarepresentaciones. Es por ello que acierta el autor al abordar la cuestión desde los términos de hibridación y sincretismo.

MÍNGUEZ BLASCO, Raúl, *Evas, Marías y Magdalenas. Género y modernidad católica en la España liberal (1833-1874)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales / Asociación de Historia Contemporánea, 2016, 299 pp.

César RINA SIMÓN

Hasta no hace mucho, la historiografía explicaba la modernidad vinculada necesariamente al laicismo y al modelo secular, siguiendo modelos positivistas que la escuela de Frankfurt – especialmente Adorno, Habermas, Koselleck y Blumenberg – ya había cuestionado. La conclusión de este proceso de revisión de los conceptos ha adquirido dos dimensiones principales. La primera es que la construcción de los imaginarios políticos fue posible en buena medida por los mitos de tradición religiosa, aunque resignificados a los nuevos campos semánticos de la modernidad. En este sentido cabe destacar la obra pionera de Albert Mathiez, *Los orígenes de los cultos revolucionarios*, de 1904, traducida en 2012 al castellano. La segunda es que la Iglesia, después de unas décadas de oposición frontal al nuevo orden liberal, se sumó a mediados del siglo XIX a los significados y prácticas propias de la modernidad, en un esfuerzo contrastado que permite conceptualizar el proceso como la articulación de una modernidad católica alternativa. En el seno de estos debates, la obra de Raúl Mínguez ha aportado interesantes ingredientes para el debate sobre la religión en el Ochocientos y la afirmación mariana del catolicismo, fundamental en la articulación identitaria de las creencias y en las respuestas políticas a la secularización.

Una de las aportaciones más sugerentes del trabajo radica en el abordaje de la temática desde el concepto de guerras culturales, especialmente en dos momentos clave en la concreción del

liberalismo político: el bienio progresista y el sexenio revolucionario. El rearme católico, apoyado en la divinización de María, supuso un mecanismo moderno de combate ante el proceso de secularización que pretendía construir un modelo político y social en el que lo religioso perteneciese, *stricto sensu*, al horizonte de las creencias individuales y no de los derechos colectivos. En este punto también puede leerse la profunda nacionalización llevada a cabo por el discurso católico, que asimiló patria y religión en base a unos orígenes prístinos de la nación española, contrapuestos a un extranjerizante liberalismo. Un caso paradigmático durante el bienio fue la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, que vendría a constatar la catolicidad del pueblo español. Otro, fue la recogida de millones de firmas favorables a la unidad católica de España presentadas en el Congreso por la Asociación de Católicos durante el sexenio. Esta asociación también articuló su combate contra la secularización creando colegios religiosos. Mínguez aborda con profusión la fundación de congregaciones femeninas o el Concordato de 1851, elementos que justificarían, según el autor, la modernidad de la respuesta católica y su participación en la construcción de narrativas de género.

Para Mínguez, una de las claves explicativas de la pervivencia del catolicismo fue su actitud de combate, que le permitió consolidarse como alternativa ante la revolución. Esta lucha determinó su prestigio en el siglo XIX como modelo imaginario basado en el orden, los valores y las tradiciones. De ahí que concebir el catolicismo como un ente ajeno a la modernidad no sería posible. Los discursos se valieron del concepto de crisis para hegemonizarse. Una idea martiriológica que nutrió las narrativas nacionales y un concepto de feminidad basado en la salvaguarda de valores en descomposición.

La exaltación dogmática de la virginidad, de la Inmaculada y de los milagros y apariciones de la Virgen ampliaron la diferenciación entre lo masculino y lo femenino, otro ingrediente más para sustentar la modernidad del pensamiento y de la acción católica. A éstos cabría añadir la influencia del turismo y de los medios de transporte en las peregrinaciones, así como la identificación de iconos de María con referentes locales, regionales y nacionales. Cabría añadir también la búsqueda de arraigo de las nuevas clases urbanas, que encontraron en la ritualización de lo religioso elementos de legitimación basados en la antigüedad, la tradición o la identificación con el tétano nacional. Este proceso encaja en las líneas abiertas por la historiografía de la feminización de la religión durante el siglo XIX, aunque Mínguez destaca que esta explicación no es suficiente para defenderla, pues muchos procesos eran ya evidentes en el siglo XVIII. Lo que ocurre en el siglo XIX es la enfatización del papel de la mujer en la recristianización de la sociedad, como ocurrió en el horizonte protestante, muy bien comparado en este libro. Por ello, como señala el autor, convendría repensar estos conceptos, ya que ni la religión fue unánimemente femenina ni la masculinidad fue exclusiva de culturas anticlericales.

Estos datos llevan a Mínguez a cuestionar la esclerótica alteridad entre Iglesia y liberalismo, nacionalismo o modernidad, constatando la capacidad de la institución para resituarse ante los nuevos condicionantes sociopolíticos, como puede comprobarse en el pensamiento neocatólico y nacionalcatólico, que a mediados del siglo XIX tomaron las riendas del liberalismo e identificaron la nación con la religión. A excepción de determinados momentos – el bienio y el sexenio –, la Iglesia tuvo un papel más que relevante en la articulación del nacionalismo y del liberalismo.

En el prólogo de la obra, firmado por Isabel Burdiel, se plantean los interrogantes expuestos, como el peligro epistemológico de cuestionar los patrones clásicos de modernidad o las dudas a la hora de entender el pensamiento y la praxis católica desde la óptica del feminismo. Lo que no cabe duda, como desarrolla Mínguez en el segundo capítulo, es que las culturas políticas conservadoras y antiliberales se posicionaron de una forma determinada ante la feminidad. También la Iglesia, centrada en tres representaciones: el pecado de Eva, la conversión de Magdalena y la santidad de María.

Las conclusiones de la obra señalan el posicionamiento católico ante la modernidad y la participación de la Iglesia en la resignificación de conceptos contemporáneos y en la defensa de su preponderancia en los imaginarios sociales a partir de la vinculación con lo femenino. El resultado fue la asimilación de la mujer con la religiosidad o con la tradición, elemento que estaría muy presente, por ejemplo, en los debates parlamentarios sobre el voto femenino durante la II República. Así mismo, la feminización simbólica del catolicismo supuso una respuesta a la supuesta crisis de valores de la modernidad. Al reforzar los dogmas y centrar la piedad popular en María, se integraron los discursos católicos en las identidades locales a través del culto a la Virgen en sus múltiples advocaciones y la representaron como icono de madre, esposa y mujer, protectora de las tradiciones y de las creencias de un pueblo que había fracturado su acuerdo con la divinidad.

MORADIELLOS, Enrique (dir.), *Las caras de Franco. Una revisión histórica del caudillo y su régimen*, Madrid, Siglo XXI, 2016, 288 pp.

César RINA SIMÓN

La figura de Franco no está agotada en la historiografía española. Si bien en las últimas décadas han sido abundantes los trabajos que han abordado la biografía del Caudillo y la configuración personalista de la dictadura – buena muestra son los trabajos de Preston, Zenobi o Reig Tapia –, no cabe duda que hay amplios espacios para el debate conceptual. Dos factores principales justifican la revisión del personaje. Por un lado, la paulatina internacionalización de la historiografía, que ha propiciado el acercamiento comparado a los modelos italiano, alemán o portugués. Por otro, la recepción de los estudios culturales, de las memorias y de los imaginarios de legitimación, que

han permitido cuestionar la consolidación de la dictadura sólo a partir de prácticas represivas. Éste es uno de los temas principales del libro dirigido por Enrique Moradiellos, acreditado especialista en la Guerra Civil y la articulación de la dictadura. Su capítulo sobre el carisma de Franco ocupa un tercio de la obra y supone una aportación fundamental a la teoría del caudillaje que concentró en el dictador a plurales e incluso divergentes familias políticas que se alzaron contra la legalidad republicana en 1936: el catolicismo político, el monarquismo autoritario y el fascismo de Falange. Estas culturas políticas coincidieron en la necesidad de cambiar el rumbo político del país de la mano de un dictador que restableciera el orden – los órdenes –, elemento que aprovechó Franco para articular una dictadura con plenos poderes sin precedentes en la historia de España. Moradiellos se adentra en la etimología del término “caudillo”, heredada de los procesos de independencia americanos, y en su trayectoria a lo largo de cuarenta años de dictadura, desde su acercamiento a la simbología y praxis fascista al perfil nacionalcatólico o pacificador. Para el autor, sin lugar a dudas fue la dimensión católica la que primó sobre las demás a la hora de articular un poder omnímodo basado en la Gracia de Dios que había demostrado la Victoria.

Franco es analizado desde múltiples perspectivas metodológicas y teóricas, lo cual enriquece más el acercamiento al personaje. Se aborda su trayectoria militar, la construcción de su carisma religioso, su papel como Jefe Nacional de la Falange – en un capítulo firmado por Joan Maria Thòmas –, su imagen en la prensa y sus apariciones televisivas, la construcción del mito por el antifranquismo y la trayectoria de su figura en la literatura, además de un capítulo dedicado a su archivo personal. Además, la obra revisita los tópicos heredados de la historiografía franquista, ampliamente divulgados en los espacios revisionistas de ciertos medios de comunicación. Sirva como ejemplo *El Bulldozer negro del general Franco*, obra publicada también en 2016 por Fernando Hernández Sánchez, donde constataba la continuidad de los relatos franquistas en la enseñanza de la historia actual. A partir de un sólido aparatage bibliográfico, quedan contrastadas cuestiones como el compromiso político de Franco antes de la guerra y su decisión de ralentizar el conflicto contra los intereses de sus aliados, con el fin de “limpiar” el país y evitar la insurgencia que había experimentado en Marruecos.

En definitiva, estamos ante una obra fundamental para reconocer las últimas vertientes de análisis historiográfico del franquismo, una necesaria actualización polifónica del personaje más determinante en la España del siglo XX.

COBO ROMERO, Francisco, HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (eds.), *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, 281 pp.

Matteo TOMASONI

Da tempo la comunità scientifica sta cercando di orientare le sue riflessioni verso un'interpretazione il più possibile omogenea del fascismo, con l'idea di chiarire la molteplicità di un fenomeno politico che ebbe un peso fondamentale nella configurazione di buona parte del XX secolo. Definire quello che gli esperti chiamano la "sintesi di un fascismo generico" è un concetto ancora oggi estremamente complesso e spesso carico di contraddizioni. Contestualizzare il fascismo, analizzarne la sua versatilità e capacità di adattamento, oltre che le sue caratteristiche, è solo una parte del lavoro che numerosi studiosi stanno portando avanti ormai da tempo. Fra di essi, vogliamo puntare le luci su di un gruppo di giovani ricercatori che ormai da un paio di anni sta realizzando attività accademiche – seminari, congressi e incontri di vario tipo – proprio con l'intenzione se non di stabilire, almeno condividere con la comunità scientifica gli studi realizzati sulla transnazionalità del fascismo. Fra i vari enti che lo hanno promosso, è stato proprio il Sidif (*Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo*) il principale promotore di un incontro che si è svolto a Granada durante la primavera del 2015 e che ha coinvolto numerosi ricercatori, ma anche riconosciuti studiosi come Roger Griffin. Differentemente ad altri casi, in quest'incontro non si è trattato di imporre un obiettivo, ma piuttosto di comparare e discutere apertamente quali siano stati i principali processi politici, sociali ed economici che hanno composto la palingenesi fascista. Il tentativo di scomporre quella che è stata l'ideologia fascista ci sta permettendo, forse, di studiare più a fondo il nesso esistente tra fascismo e modernismo, il suo potenziale estetico e la sua capacità di mobilitare le masse, ma anche la sua non-circoscrittione. In effetti, sebbene il fascismo si originò come movimento in un contesto specifico dell'Europa interbellica, non dobbiamo dimenticare la sua versatilità sopravvissuta all'ecatombe del 1945 ed ancora oggi in grado di richiamare l'attenzione di movimenti e ideologie affini. L'importanza dello studio e della comprensione del fascismo passa proprio attraverso riflessioni come quella che qui viene presentata.

RODRIGO, Javier, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2016, 367 pp.

Matteo TOMASONI

La Guerra civile spagnola è forse uno degli episodi bellici del XX secolo sul quale si è maggiormente scritto. La sua condizione di guerra ideologica oltre che diconflitto internazionale, ci obbliga a una riflessione ampia ed allo stesso tempo esaustiva, lavoro che ancora oggi la storiografia spagnola (ma non solo) mantiene al centro della sua attenzione. Il libro in questione cerca di consolidare una delle peculiarità di un conflitto che in Italia ancora oggi si conosce come la “guerra di Spagna” e che ebbe, fra i suoi principali protagonisti, proprio la partecipazione italiana. Sul tema, Javier Rodrigo non solo ha portato a termine un meticoloso lavoro di ricostruzione storico-politica del conflitto, ma ha anche elaborato una riflessione che è alla base la sua stessa ricerca: capire quali furono gli effetti della partecipazione italiana alla causa del *bando nacional*, così come riflettere su quegli aspetti che con meno attenzione sono stati affrontati dalla storiografia. Ci riferiamo, fra i vari dati riportati dall’autore, alla spinta espansionistica dell’Italia fascista nella sua ossessiva ricerca e sottomissione di aree di influenza, la vittoria sul campo contro l’opposizione antifascista, gli interessi nel processo di edificazione della “Nuova Spagna” ed infine, la strumentalizzazione della vittoria fascista come mezzo di autocelebrazione e supremazia a scala continentale. Attraverso l’analisi delle differenti battaglie e le strategie utilizzante dai comandi italiani, siamo in grado di ricostruire passo passo la presenza italiana in questo conflitto che fu, soprattutto, una presenza *fascista*. Fu proprio il processo di fascistizzazione che si sviluppò durante lo stesso conflitto, la principale “arma” imposta dal Duce nel tentativo di fare della Spagna la “nazione gemella” di un’Italia proiettata verso il grande sogno imperiale. Secondo lo stesso Mussolini, il colpo di Stato promosso dai generali spagnoli non doveva interpretarsi come un semplice atto di ribellione militare, ma come una vera e propria insubordinazione politica il cui contesto sociale, propagandistico ma anche culturale ed educativo, fosse in grado di espandere il *verbo* fascista. Una specie di evangelizzazione – così come la chiama l’autore – in grado di creare le basi della futura società ed allo stesso tempo eliminare ogni tipo di resistenza e opposizione al fascismo. Non dimentichiamoci infine che la presenza italiana in Spagna non si limitò al solo combattimento o alla formazione dei futuri quadri politici di quel paese, ma fu anche una presenza che doveva divenire un monito a chiunque in Europa si opponesse al fascismo. La ritualità, i saluti, le strette di mano o gli eccessi della celebrazione della vittoria, furono tutti ed ognuno di essi elementi identificatori di quello che alcuni storici hanno chiamato “lo spettacolo del fascismo”: la continua ricerca di una forma (anche macabra) di intrattenimento che avesse l’obiettivo di inculcare negli spettatori un’invincibilità solo apparente.

Come ben si sa, solo le tombe dei “caduti per la causa” sopravvissero alla disfatta del fascismo dopo la Seconda guerra mondiale. Memorie perdute di un passato con poche luci e molte ombre.

THOMÀS, Joan María (coord.), *Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Japón y sus relaciones con España entre la guerra y la postguerra (1939-1953)*, Madrid, Comillas, 2016, 271 pp.

Matteo TOMASONI

Il regime che sorse dalle ceneri della Guerra civile spagnola mantenne sin dall’inizio un forte legame politico con quei paesi che con maggior forza (e risorse) contribuirono alla causa difesa dal *bando nacional*. La completa rimozione del regime democratico diede vita a un lungo periodo dittatoriale che ebbe fra i suoi principali alleati l’Italia fascista e la Germania nazista. Ma molto prima del 1945, anno in cui l’Asse capitolò schiacciato dalla forza bellica delle potenze occidentali, la Spagna franchista riprese saldamente in mano le sue relazioni con altre nazioni tradizionalmente interessate alla penisola iberica: Francia, Gran Bretagna o Stati Uniti. Ed è proprio il volume in questione a voler chiarire come venne portata avanti questa strategia politico-diplomatica, grazie anche alle simpatie che Franco riuscì a guadagnarsi all’estero. Attraverso l’uso di documenti provenienti da vari archivi nazionali ed internazionali (alcuni di essi inediti in Spagna), gli autori spiegano come gli Stati Uniti passarono da un’iniziale opposizione al regime franchista ad una graduale apertura di rapporti commerciali ma anche diplomatici grazie alla simpatia di Carlton J. Heyes per Franco, fino alle concessioni che il governo di Henry Truman (che evitò il dittatore in più di un’occasione) dovette accettare previamente agli accordi del 1953 firmati da Eisenhower.

Sullo stesso piano si potrebbero analizzare le difficili relazioni che durante i primi anni della seconda metà del Novecento mantennero Spagna e Gran Bretagna. Londra era stata una delle più attive sostenitrici della causa repubblicana, ma l’esito della guerra fece velocemente cambiare le idee al governo britannico, specialmente per i suoi interessi nella penisola iberica, non solo legati a Gibilterra. Un “difficile” rapporto diplomatico che alla fine della Seconda guerra mondiale migliorò a causa di un’imminente Guerra Fredda che, per il bene della nazione, poteva trovare nella Spagna un ulteriore alleato.

Complesse e meno conosciute sono invece le relazioni che la Spagna mantenne con Germania e Giappone. Nel primo caso a lungo si è studiato il rapporto tra Franco e Hitler, dalla Guerra Civile sino all’incontro di Hendaya e l’invio di volontari spagnoli in Russia. Meno conosciuta è invece la storia dei rapporti diplomatici post-1945 e concretamente con la Germania Occidentale che si riaprirono grazie al lavoro di “normalizzazione” svolto da Antonio María Aguirre con il

benepiacito dello stesso Adenauer. Vi è infine il caso del Giappone che, sebbene venga trattato con la dovuta “marginalità”, indica come i due paesi si svilupparono su di uno stesso piano, essendo i promotori delle due guerre preve al secondo conflitto mondiale, ma anche difensori dell’Asse attraverso la loro stretta cooperazione nel celebre *Patto Antikomintern*. I difficili anni del secondo dopoguerra evidenziarono invece un graduale processo di apertura al dominio statunitense che allontanò le relazioni – già di per sé scarse – tra i due paesi.

LOS AUTORES / GLI AUTORI

César RINA SIMÓN Universidad de Extremadura.

URL: < <http://www.studistorici.com/progett/autori/#RinaSimón> >

Matteo TOMASONI ha conseguito il titolo di dottore di ricerca in Storia presso l'Universidad de Valladolid (Spagna, 2014), con una tesi sul fascismo spagnolo. Già dottore magistrale in Storia d'Europa presso l'Università di Bologna (2008), negli ultimi anni ha svolto attività di ricerca tra Spagna, Italia e Germania e collabora con vari gruppi fra cui il SIDIF (Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo), e la rivista «Zibaldone. Estudios italianos» di cui è membro della redazione. I suoi interessi sono rivolti allo studio dell'evoluzione storica del fascismo e dei movimenti politici del periodo tra le due guerre mondiali, oltre allo studio di alcuni aspetti della Prima Guerra Mondiale. Ha pubblicato: *El caudillo olvidado. Vida obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017.

URL: < <http://www.studistorici.com/progett/autori/#Tomasoni> >